

Renacer a Bolívar

Bolívar no es una figura banal en la iconografía de la Patria. Venezuela, como Estado, arranca a partir de él. Este hecho justifica por sí solo que accedamos con entusiasmo a la celebración de su Bicentenario. Pero Bolívar no es propiedad de los historiadores, ni siquiera de los militares o de la iglesia. Mucho menos del gobierno. Pertenece, sobre todo, como leyenda y gesta, a la memoria colectiva del pueblo.

Por eso, asumir hoy a Bolívar es más que investigar su vida y, por supuesto, más que desfilar o rociar con palabras de sacra reverencia su recuerdo histórico. Implica proclamar la originalidad de su experiencia americana y el poder de convocación transformadora que ejerció en el pueblo. La fascinación bolivariana estriba precisamente en su función catalizadora, en el dinamismo social que desata, en la provocación a protagonizar la historia que todavía permanece incompleta o ha sido derrotada por las fuerzas reaccionarias. Desarrollar la leyenda y llenarla de acción y contenido subversivo es renacer hoy a Bolívar.

Pero ¿cómo concretar la celebración del Bicentenario? La efemérides coincide con una situación difícil para Venezuela. El descenso de la producción petrolera se ha sumado a la pertinaz recesión económica internacional. El día 18 de junio vence el Protocolo de Puerto España y desde ese momento el Acuerdo de Ginebra regirá la reclamación del Esequibo. El conflicto de las Malvinas, por su parte, con el apoyo irrestricto otorgado por Venezuela a la Argentina, adelantará el calentamiento de las relaciones con Guyana. La defeción de Estados Unidos ha espoleado la necesidad de revisar la eficacia de la OEA y del TIAR.

Coincide también con el agravamiento de dolencias estructurales. La democracia no supera el "populismo" y se manifiesta incompetente para aliviar las reclamaciones de salud, educación, seguridad cívica, vivienda y transporte. Persiste el desempleo y los desajustes redistributivos de la riqueza nacional. Los sucesivos gobiernos democráticos no han colmado las esperanzas de la mayoría. La única participación popular es el voto quinquenal mediatizado.

En esta coyuntura Venezuela renace a Simón Bolívar. No deja de ser significativo que coincidan la crisis de patria con el advenimiento del creador de su primer proyecto histórico. Y es alentador que cope de nuevo el centro de la vida nacional ahora que la presión de dos siglos ha reactualizado con mayor luminosidad la vigencia de sus intuiciones más certeras. Bolívar resulta de nuevo inevitable. Ha dado su nombre a un país, a un estado, a una ciudad, a la moneda nacional, a calles, parques, aeropuertos y distritos. Su retrato preside las escuelas y oficinas públicas. Sin embargo la herencia política que nos legó permanece todavía incompleta.

Nos referimos a cinco aspectos fundamentales de su testamento. Se ha generalizado, es cierto, la "instrucción pública, gratuita y obligatoria sin diferencias de casta y gerarquía" pero no "con preferencia para las clases humildes y desvalidas". A doscientos años de su nacimiento no hemos erradicado el analfabetismo ni consolidado el sistema educativo nacional. Precisamente nos sorprende el Bicentenario en una de las crisis más exasperantes de huelgas magisteriles, amenazas de cierres, falta de cupos y exangües rendimientos académicos.

Fue también aspiración bolivariana "la moralidad pública". La administración debía estar vigilada por el "Poder Moral" ejercido por un "senado" de personalidades ilustres e insobornables: "La corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los Tribunales". Hoy, por el contrario, el informe del Contralor indignaría a Bolívar: "Hay corrupción en todas partes. Se gerencia por crisis, no se supervisa, hay deficiencias en la programación presupuestaria, se sobrestiman los ingresos propios, escasea la labor de control en los ministerios". (Informe Contraloría 31-XII-1980).

La justicia social impulsada por quien había nacido dueño de esclavos y mantuano es un hecho especialmente aleccionador. Bolívar quiso recortar los

grandes latifundios, herencia de los Conquistadores, Encomenderos y Caudillos. Y se propuso que quienes trabajasen el campo fueran propietarios. Casi siglo y medio tuvo que esperar hasta que en 1960 el Congreso promulgara la primera Ley de Reforma Agraria, que resulta corta, tímida e insuficiente. El sistema de retribución salarial en el sector agrario debiera revisarse sin dilación. Bolívar lo aprobaría.

La falta de liderazgo y de patrocinio carismático son ausencias que la ciudadanía echa de menos. Bolívar fue conductor de masas. Comprendió al pueblo. Se entregó a su servicio. Lo representó, no lo sustituyó. Reconoció sus méritos y valores, espabiló la abulia e indiferencia. Había que gobernar y lo hizo sin demagogia ni intromisiones manipuladoras aun corriendo riesgo de ser llamado dictador: "Para que un pueblo sea libre debe tener un gobierno fuerte que posea medios suficientes para librarlo de la anarquía". Bolívar gobernó, sacudió al pueblo, le señaló metas y motivos. El futuro adquirió en sus palabras y proyectos la seducción del compromiso.

Por fin hay que resaltar su pasión panamericana. El gran proyecto de una América unida por pactos efectivos fue uno de los ideales que más acarició. La visión interior de lo que fue resorte cardinal en el sistema de su política internacional cobra sorprendente vigencia en una coyuntura muy crítica para la OEA. Sus palabras resuenan hoy mojadas de profetismo y actualidad: "Desde el primer momento de la revolución me convencí de que si un día pudiéramos establecer naciones libres en América del Sur, una federación entre ellas sería la forma más fuerte de unión... Para nosotros la Patria es América".

Finalmente el Bicentenario debe constituir ocasión para reafirmar los arbotantes de la identidad venezolana. La "admiración bolivariana" ha sido sin duda el más robusto eje de nuestro nacionalismo. Frente a la irreflexiva imitación de lo "foráneo" y en una crisis de pueblo y de genuino sentimiento patriótico, Bolívar nos comina a valorar y trabajar sobre lo nuestro. Así se sedimentan los estratos del "alma nacional".

Celebrar hoy a Bolívar es, por tanto, enarbolar de nuevo sus estandartes más radicales. Es gobernar para las mayorías de la patria. Es volver a retomar las circunstancias que le hirieron. Hay que rescatar ese Simón Bolívar que pinta, conserva y celebra el pueblo: ni héroe, ni apóstol, ni santo sino el mantuano rico que se hace pobre por ellos, el líder que braveó a la muerte en cien encrucijadas por crear una patria libre de esclavos. Vencedor y vencido a la vez por los reaccionarios, ilos suyos!, pero de todos modos suscitador de multitudes que pretendieron imponer la razón de la justicia. Su genio es exponente de los anhelos y de la indomable voluntad de nuestro pueblo oprimido cuyas virtudes y talento descubrió, alentó, guió y llamó a participar en el trabajo de asentar la paz. Mitigó la explotación de los indígenas, imploró la libertad legal de los esclavos negros, repartió ejidos a los soldados, prohibió el servicio no remunerado de los fámulos, fundó escuelas y universidades con su propia fortuna, soñó con un foro internacional permanente para velar por la paz y la fraternidad americana...

Este es el Bolívar que deseamos renacer y celebrar en su Bicentenario. Y este es precisamente el Bolívar histórico, el auténtico, no el que pretenden imponernos las ideologías "herejes" o "santonas".

Desgraciadamente, entre nosotros no pueden nada las masas, algunos ánimos fuertes lo hace todo y la multitud sigue la audacia sin examinar la justicia o el crimen de los caudillos, mas los abandonan luego al punto que otros más alevés los sorprenden. Esta es la opinión pública y la fuerza nacional de nuestra América. (Simón Bolívar, Carta al General Juan José Flores, 9.11.1980)